

LOS FUNDAMENTOS DEL PODER

PABLO RÍOS

INTRODUCCIÓN

En el siguiente trabajo, me he propuesto estudiar el tema de la relación del hombre con el poder que Dios le ha donado, a quien ha puesto como rey de la creación, y a quien entregó esta misma creación para que la perfeccionara y se perfeccionara en su cuidado y cultivo.

Muestro cómo Dios le hace este llamado al hombre, y lo conserva en esta llamada, a pesar de la respuesta del pecado por parte del hombre, que rechazó de plano el amor con el que Dios lo ama, cayendo en la tentación instigada por el diablo.

Luego, muestro cómo Jesús redime al hombre caído y herido a causa del pecado original, sanándolo y elevándolo; y cómo restaura la relación del hombre con Dios, y la relación del hombre con su propia capacidad de dominar y ejercer el poder sobre sí mismo, sobre los demás, sobre la creación inferior a él; y de cómo este ejercicio lo tiene que desarrollar en libertad obediente a Dios.

Por último, muestro cuáles son los caminos necesarios que el hombre redimido debe tomar, para que, a través de su quehacer de peregrino en el mundo, pueda ser salvado cuando Dios lo llame definitivamente a su presencia.

Este trabajo lo llevé a cabo estudiando el problema del poder humano en la obra "EL Poder" de Romano Guardini.

EL PODER: Don de Dios confiado al hombre

El filósofo y teólogo católico Romano Guardini, en su obra "El Poder", nos advierte desde sus primeras páginas, que Dios ha creado al hombre y a la mujer capaces de dominar al mundo: "Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza; y que le estén sometidos los peces del mar y las aves del cielo, el ganado, las fieras de la tierra, y todos los animales que se arrastran por el suelo. Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer"¹.

Dotados de inteligencia y voluntad libre por su alma espiritual, huella personal de la presencia de Dios en el hombre, éste ha sido constituido como rey de la creación, capaz de dominar sobre ella y acrecentar, tanto en el mundo inferior a él, como en sí mismo, las perfecciones que el creador le participó.

Dios, habiéndole comunicado espíritu al ser humano, lo capacita para que sea su prolongación en el paraíso, como guardián protector, capaz de velar por el bien de lo creado, y como señor, capaz de mandar y conducir todo lo existente de forma que la creación toda en su despliegue de perfección diera gloria a Dios, Padre y Señor por excelencia.

Se ve con mucha claridad cómo en la capacidad para poner nombre a cada realidad creada, el hombre puede penetrar intelectual y afectivamente hasta la misma esencia de lo real, descubriendo el sentido y fin profundos con los que Dios pensó y amó, sabia y bondadosamente, el universo: "Después dijo el Señor Dios: No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada. Entonces el señor Dios modeló con arcilla del suelo a todos los animales del campo y a todos

¹ Gn. 1, 26-27

los pájaros del cielo, y los presentó al hombre para ver qué nombre les pondría. Porque cada ser viviente debía tener el nombre que le pusiera el hombre”². Se desprende de estas líneas de la Sagrada Escritura, que tanto la inteligibilidad de lo real, como el poder inteligir lo real por parte del hombre se atraen mutuamente, al punto que no dé lo mismo cómo obre el hombre sobre el mundo, frente a esto R. Guardini: “No existe, pues, poder alguno que tenga ya de antemano un sentido o un valor. El poder sólo se define cuando el hombre toma conciencia de él, decide sobre él, lo transforma en una acción, todo lo cual significa que debe ser responsable de tal poder”³.

Poder obrar con conciencia y libertad, que es lo específicamente humano, entraña una responsabilidad, un hacerse cargo de lo obrado y de las consecuencias que esas acciones puedan acarrear, y esto es así puesto que lo decidido no brota instintivamente o según ciclos naturales, sino de lo profundo de un corazón que sabe y que toma decisiones buenas o malas, de una interioridad que es soberana de sus actos.

En otro pasaje, refiriéndose a los fragmentos de la Escritura ya citados, R. Guardini nos dice que: “Estos textos, cuyo eco se expande a lo largo del Antiguo y del Nuevo testamento, nos dicen que al hombre se le dio poder tanto sobre la naturaleza como sobre su propia vida. Y manifiestan, además que este poder constituye para él un derecho y una obligación: la de dominar”⁴.

La obligación de dominar expresa la certeza de que el hombre es creatura, y que por lo tanto no debe, bajo ningún aspecto, obrar como le parezca como si fuera soberano absoluto, sino que su finitud lo sitúa en un trato de respeto hacia lo real, lugar que ha conseguido no por iniciativa propia, sino que es un don que ha recibido y del cual deberá rendir cuentas como en la parábola de los talentos⁵.

Ese respeto necesario en el trato con el mundo, revela una cierta actitud de reverencia hacia la realidad salida de las manos de Dios, entendiendo aquí que mucho de su santidad fue comunicada por participación al universo, y que por tanto el hombre debería permanentemente transitar por el mundo con aquella actitud que el propio Yahvé requiere de Moisés en el pasaje de la zarza ardiente, cuando le pide que se quite las sandalias para poder pisar terreno sagrado⁶.

Frente a esto completa R. Guardini: “El hombre no pertenece sin más al mundo, sino que existe en sus límites; está en el mundo y al mismo tiempo fuera de él, inserto en él y al mismo tiempo dominándolo; esto se debe a que tiene una relación inmediata con Dios... con el Señor soberano, el Creador de todo ser, que le ha llamado y le conserva en esta llamada, que le ha entregado el mundo a su responsabilidad y le pide cuentas”⁷.

Es esencial que el hombre no pervierta su relación con la verdad y con el bien íncitos en las cosas, que no pierda las conexiones más profundas provenientes hacia él desde los entes, porque a través de ellos (la verdad y el bien) no sólo toma contacto con la realidad que lo rodea, sino también con Dios, quien lo ha constituido como tal, dándole sentido a toda su vida.

Tener que rendir cuentas no significa otra cosa que nuestra soberanía no es absoluta, nos han confiado una administración y del modo como la llevemos a cabo depende nuestra felicidad o frustración. La gran clave de la Vida Eterna feliz junto a Dios se esconde en el cumplimiento humilde, amante y obediente, por parte del hombre, al plan providente de santidad que Él diseñó para cada uno de nosotros.

2 Gn. 2, 18-19

3 El Poder, pág. 16

4 Ibidem, pág 27

5 Mt. 25, 14-30

6 Ex. 3, 5

7 El Poder, pág. 112

Dios ama profundamente al ser humano y conservándolo en este amor fundante de su existencia, lo ha invitado a que con ese mismo amor, inserto en el corazón humano como impulso y llamada, se ame a sí mismo, a los demás, al resto de la creación, y al mismo Dios, del mismo modo como Éste lo hace, imitándolo, como un hijo aprende de su padre los primeros pasos en el contacto con lo que de a poco va formando parte de su vida.

Que Dios le pida cuentas significa también, que es capaz de premiar el grado de amor que el hombre alcanzó en su trato con el mundo y consigo mismo, y también que es capaz de castigar el grado de frustración que el hombre logró arruinándose culpablemente a sí mismo y al fragmento de mundo y de historia que había sido llamado a señorear. En el fondo lo que estará en la base del Juicio de Dios sobre nuestras almas será el amor que hayamos sido capaces de dar o no libre y responsablemente, como en el pasaje del Evangelio en el que Jesús relata en qué consistirá el Juicio Final: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquéllas a su derecha y a éstos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver. Los justos le responderán: Señor, ¿Cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; sediento; y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos de paso, y te alojamos; desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o preso, y fuimos a verte?. Y el Rey les responderá: Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo. Luego dirá a los de su izquierda: Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles, porque tuve hambre, y ustedes no me dieron de comer; tuve sed, y no me dieron de beber; estaba de paso, y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo y preso, y no me visitaron. Estos, a su vez, le preguntarán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso, y no te hemos socorrido?. Y él les responderá: Les aseguro que cada vez que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo. Estos irán al castigo eterno y los justos a la Vida eterna”⁸.

Perversión del uso del don del poder por parte del hombre

Existen dos textos de la sagrada Escritura que tienen una íntima conexión, y que sólo interpretados según su armonización interna, pueden arrojar toda la certeza acerca del verdadero o falso modo de obrar libre del hombre en el mundo, ellos son citados a continuación: “El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y cuidara. Y le dio esta orden: Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte”⁹. Y, “La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que el Señor Dios había hecho, y dijo a la mujer: ¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?. La mujer le respondió: Podemos comer los frutos de todos los árboles del jardín. Pero respecto

8 Mt. 25, 31-46

9 Gn. 2, 15-17

del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: No coman de él ni lo toquen, porque de lo contrario quedarán sujetos a la muerte. La serpiente dijo a la mujer: No, no morirán. Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal. Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir discernimiento, tomó de su fruto y comió; luego se lo dio a su marido, que estaba con ella, y él también comió. Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparabos entretejiendo hojas de higuera¹⁰. El sentido profundo del segundo texto sólo puede revelárenos a la luz de la hondura del primero.

El ser humano está llamado a que libremente desarrolle una relación de obediencia a Dios, respetando los límites que por naturaleza le corresponden, límites que no son restrictivos de su libertad, sino más bien garantía de perfección y felicidad. Por lo tanto, si el hombre no respeta su condición creatural, su obrar se transformará en una usurpación del poder Divino, un intento de sacar a Dios y a su orden del medio, e imponer su propio orden, diciendo autónomamente qué está bien y qué está mal, como sucede en el relato de la caída original.

Los seres humanos, a instancias de la tentación diabólica, invierten los roles y se colocan como soberanos absolutos, capaces de determinar una nueva jerarquía de valores. Pero como la usurpación completa del poder de Dios es imposible, el acto es el pecado, y el resultado el comienzo de la experiencia de toda la miseria y debilidad de la creatura librada a sí misma, separada voluntaria y culpablemente de su Padre Protector.

El llamado de Amor por parte de Dios, que le da la vida al hombre, fue respondido con el rechazo rebelde y suicida de no querer servir en obediencia, de no querer ser co-creador, sino amo absoluto, y perdió todo, al punto de quedar de cara frente al propio exterminio y el de su propia descendencia permitiendo que la Muerte hiciera su entrada en el mundo. Muerte que ya no podrá ser vencida a no ser que el mismo Dios vuelva a intervenir, como en verdad lo hizo cuando por medio de la Encarnación y Redención de su Hijo, recreó al hombre y al universo, sin necesidad de destruirlos y volverlos a crear como sucedía en las mitologías paganas en las que los dioses no aman entrañablemente la obra de sus manos. Pero este tema lo vamos a dejar para más adelante, cuando veamos cómo se relaciona la misión de Jesucristo con el buen uso del poder y el ejercicio que el hombre tiene que hacer de éste.

Lo cierto es que con el pecado original las diferentes relaciones: del hombre consigo mismo, del hombre con Dios, de los hombres entre sí, y del hombre con el mundo inferior a él, han quedado heridas, debilitadas, desequilibradas, sobre esto R. Guardini nos advierte: "Ahora ha quedado roto el vínculo fundamental de la existencia. Con todo, tanto antes como después, el hombre posee el poder y la posibilidad de dominar. Pero el orden dentro del cual tenía su sentido el poder, porque era servicio y estaba garantizado por la responsabilidad ante el auténtico Señor, ha sido trastornado... Se trata de un acontecimiento que sobrepasa nuestra condición histórica. Este acontecimiento perturbó la relación fundamental de la existencia, de tal forma que a partir de él la historia entera de la humanidad discurre en un ámbito determinado por esta perturbación"¹¹.

Desde el plano humano ya no existirá el modo de volver las cosas al estado de justicia original, que experimentaron durante algún tiempo nuestros primeros padres. El trastorno y la perturbación causados son irreversibles, el hombre no tiene forma de reparar los daños ocasionados, de forma que la creación vuelva a ser como era recién salida de las manos de Dios.

10 Gn. 3, 1-7

11 El Poder, pág. 33

Por otra parte, aún cuando el pecado fue realizado por un ser finito, la falta y la ofensa adquirieron las proporciones del ofendido, que es Dios mismo, por lo cual el hombre tampoco está en capacidad de reparar su ofensa contra Dios, puesto que lo supera infinitamente.

Consecuencias del pecado en el uso del poder

El hombre ha aumentado considerablemente su dominio sobre sí mismo, sobre las demás personas, y sobre las fuerzas naturales. Ahora bien, no siempre este aumento de poder redundó en progreso efectivo para el hombre y para el mundo, a lo cual R. Guardini nos dice: “La realidad del mundo, de la que el hombre puede disponer cada vez más, está entregada a su decisión; pero el hombre pierde cada vez más la conexión con las normas provenientes de la verdad del ente, de la exigencia de lo bueno y de lo santo. En consecuencia, existe el peligro de que sus decisiones sean cada vez más arbitrarias”¹².

A causa de este actuar arbitrario que va en aumento, el hombre se encuentra repitiendo una y otra vez la falta original, ni más ni menos que Adán y Eva. Desconociendo de modo necio la verdad y la bondad de lo real, aplica a las personas y a las cosas esquemas a priori, moldes prefijados, para que aquellas se ajusten a sus antojos y caprichos, produciendo más violencia y mayor caos en la existencia cotidiana; en este punto R. Guardini nos recuerda que: “... En la conciencia de todos brota el sentimiento de que nuestra relación con el poder es falsa, y de que, incluso, este creciente poder nos amenaza a nosotros mismos. Esta amenaza ha encontrado en la bomba atómica una expresión que afecta a la fantasía y al sentimiento vital del hombre de la calle, convirtiéndose en símbolo de algo de importancia universal”¹³. A este hecho, sin duda, de proporciones inconcebibles, y sin precedentes en el pasado, podemos sumar otros que también han tenido como escenario al siglo XX: El intento de consolidación (que luego fracasó) de la Unión Soviética, como estado ateo usurpador de la dignidad y de todos los derechos inalienables de la persona humana; la legalización progresiva del divorcio, del casamiento entre homosexuales, del aborto, de la eutanasia, de la fecundación in vitro, congelamiento de embriones, bancos de semen, de óvulos, alquiler de vientres y de ahí en adelante todo tipo de manipulación genética que se pueda imaginar, hasta asistir en nuestros días a los primeros intentos de clonación de seres humanos.

Esta pretensión de dominio de los mismos orígenes de la vida, que en las últimas cinco décadas ha hecho su aparición, ha contribuido en Europa, especialmente, a extender toda una mentalidad anticonceptista, cuyo inevitable resultado está acabando con el interés por parte de los hombres de procrear, efecto que ya se siente en los países del centro y norte de Europa, cuyos gobiernos, casi desesperadamente, han empezado a promover programas sociales y familiares que favorezcan la natalidad, subvencionando con altas sumas de dinero cada nacimiento.

Todo esto demuestra que detrás de todos aquellos pseudoavances de la sociedad postmoderna se oculta, como con una mueca irónica y cínica el suicidio de una civilización que intentó sentarse en el trono de Dios.

12 Ibidem, pág. 112-113

13 Ibidem, pág. 11

Sin temor a equivocarme, creo que el hombre ha estirado su mano intentando apoderarse del Árbol de la Vida y no ha hecho más que ocasionar más muerte.

Y en el terreno político y económico ni que hablar de las arbitrariedades de los países más poderosos sobre los más débiles y desprotegidos.

Si uno, en el escenario político del mundo, dirigiera hoy una mirada desprovista de trascendencia, por la cual ya no viéramos por ninguna parte el obrar providente de Dios, estoy seguro que nos parecería que el gran filósofo inmanentista alemán G. F. W. Hegel tenía razón cuando afirmó que "... los individuos no impiden que suceda lo que tiene que suceder"¹⁴, y "... los individuos son sacrificados y abandonados"¹⁵. R. Guardini completa la idea magistralmente: "Una técnica cada vez más refinada, de inventario, de comprensión, organizadora y de administración oficial, y para decirlo claramente, un modo cada vez más extendido de entender al hombre como un factor económico, tienden a tratar a los hombres de la misma manera que la máquina trata la materia prima con que fabrica un producto"¹⁶.

De muchísimas maneras la persona es material descartable e intercambiable en la sociedad consumista y materialista, especialmente en occidente. De mil modos diferentes, el hombre ejerce sobre el hombre un poder despótico, dejándolo indefenso ante la máquina estatal. Parecería que T. Hobbes, siguiendo este hilo de acontecimientos que se multiplican en los últimos decenios, llegó a tener razón de hecho, en cuanto a que el hombre ha llegado a ser un lobo para el hombre.

Para terminar este apartado quiero mostrar a R. Guardini citando unas líneas realmente inquietantes: "La crisis de nuestro tiempo y de nuestro mundo parece... ir aceleradamente hacia un acontecimiento... que, visto desde nuestra perspectiva, sólo puede ser descrito con esta expresión: catástrofe global... Debemos... comprender claramente que sólo nos quedan algunas décadas hasta que aquel acontecimiento se produzca. Este plazo está determinado por el crecimiento de las posibilidades técnicas, que guarda una relación exacta con la disminución de la conciencia de responsabilidad humana"¹⁷. Nuestro autor no se cansa de denunciar, que el hombre no puede librarse del hecho que es responsable de lo que acontece, porque con su libertad y conciencia produce la historia a cada paso, es dueño del bien y del mal generados, pero sobre todo el peligro aumenta, para nuestra civilización, cuando el hombre sistemáticamente pareciera no querer hacerse cargo de sus actos, evadiéndose permanentemente de tener que hacerlo, enraizando cada vez más su conducta en el pragmatismo utilitarista, en el que cualquier fin justifica cualquier medio para conseguirlo.

Restauración de la relación del hombre con el poder en la Persona de Jesucristo

Para comenzar a encontrar soluciones al problema de la relación del hombre con el poder, R. Guardini nos propone que dirijamos la mirada hacia la persona de Jesús, en quien Dios por medio del hecho de la Encarnación de su Logos adopta la actitud de la **Humildad Radical**, y de este modo nos la hace posible a nosotros invitándonos a asumir como modelo para nuestras vidas, la Vida de su propio

14 Hegel, Lecciones de Filosofía de la Historia Universal, pág. 66

15 Ibidem, 97

16 El Poder, pág. 60

17 Ibidem, pág. 73-74

Hijo. R. Guardini nos dice: “Si se examina la situación en la que Jesús vivió, la manera como se desarrolló su actividad y se configuró su destino, su forma de tratar con los hombres, el espíritu de sus actos, de sus palabras y de su actitud, se ve cómo el poder se presenta constantemente bajo la forma de la humildad. Vamos a hacer tan sólo algunas indicaciones: Jesús procede de la antigua familia de los reyes, pero ésta se ha hundido ya y carece de toda importancia. Tanto sus condiciones económicas como sociales son evidentemente modestas. Nunca, ni siquiera en la cumbre de su actividad, pertenece a ninguno de los grupos dominantes; los hombres que atrae a sí no producen en ningún momento la impresión de ser extraordinarios en su persona o en sus acciones. Tras una breve época de actividad, se ve envuelto en un proceso falaz; el juez romano, en parte asustado y en parte molesto, cede ante sus adversarios y le condena a una muerte cruel e ignominiosa”¹⁸. Verdaderamente nos encontramos frente a una paradoja, la del misterio del amor de Dios a los hombres, que lo ha llevado al omnipotente a aparecer escondido en el cuerpito de un bebé, asumiendo de este modo la totalidad de la condición humana en toda su fragilidad. Fragilidad, por otra parte, de donde van a salir todas las fuerzas con las que Jesús combatirá los poderes que pugnan por destruir la creación, la redención y la santificación del universo. Esto último nos prueba que la humildad es una virtud de fuerza y no de debilidad, es la presión poderosísima que ejerce el Ser en quien se sustenta todo otro ser, en contra de las fuerzas del mal que no tienen existencia propia, si no se la sustraen a una naturaleza buena a la cual deforman y corrompen.

Frente a esto San Pablo afirma: “Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios, como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, doble la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: Jesucristo es el Señor”¹⁹. Tomar la condición de servidor en algunas traducciones más literales significa tomar la condición de esclavo. Situación en la que se encontraba el género humano bajo la servidumbre del pecado y del dominio de satanás; por lo cual, Jesús, siendo Dios se hace esclavo con los esclavos para liberarlos definitivamente de las garras de la Muerte. Y para ello, Él mismo se dejó atrapar por la peor de las muertes de la época, para desde dentro de ella misma destruirla para siempre, por medio de su gloriosa resurrección. Éste es el ejercicio del poder por parte de Dios: **el servicio** a los más necesitados, para que ya no sufran necesidad alguna. La asistencia del médico al moribundo que en sus estertores le aplica la medicina de su propia sangre, curándole cada una de las heridas que recibió en el combate, infundiéndole la fuerza de su propia Vida Eterna.

Pero no tenemos que perder de vista la otra dimensión de la misión que Jesús viene a realizar a la tierra, que a su vez es la más importante, y de la cual recibe todo su sentido la redención del universo entero, y la legitimación del uso del poder por parte del hombre: Glorificar al Padre cumpliendo con **obediencia** absoluta el mandato que Éste le encomendó.

Jesús se consume en esta voluntad de hacer la de aquél que lo envió, toda su vida, todos sus actos son un permanente hacer lo que el Padre quiere con el fin de glorificarlo.

A mi juicio, son tres los momentos sobresalientes en los que el cumplimiento de esta voluntad alcanza su climax: durante la institución de la Eucaristía: “Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, diciendo: Beban

18 Ibidem, pág. 39

19 Flp. 2, 6-11

todos de ella, porque esta es mi Sangre, **la Sangre de la Alianza**, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados²⁰, luego en Getsemaní, al sudar sangre en medio de la oración: “Padre, si quieres, aleja de mí este cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, **sino la tuya**. Entonces se le apreció un ángel del cielo que lo reconfortaba. En medio de la angustia, él oraba más intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo²¹, y la tercera en la propia cruz en el momento inmediato antes de morir cuando expresa: “**Todo se ha cumplido**, e inclinando la cabeza, entregó su espíritu²².”

La adhesión total y permanente de hacer en cada momento lo que el Padre quiere es la esencia del obrar de Cristo; es el impulso, también, que motiva el gran acto de su vida de agradar en toda circunstancia al Padre. Y de aquí surgen nuevas perspectivas para los hombres, y nuevas posibilidades de cómo utilizar el poder que nos fue donado, según su verdadera esencia, al servicio de Dios y del bien común de toda la creación.

A lo dicho R. Guardini añade: “Toda la existencia de Jesús es una transposición del poder a la humildad. Dicho de manera activa: a la obediencia a la voluntad del Padre, tal como ésta se expresa en cada situación determinada. Pero tanto en su conjunto como en sus detalles esta situación es tal que exige el constante **anonadamiento de sí mismo**. Para Jesús la obediencia no es un factor secundario, añadido, sino que forma el núcleo de su esencia. Ya el mero hecho de no elegir su **hora** por propia voluntad, sino entenderla en toda su pureza, según la voluntad del Padre, es obediencia. La voluntad del Padre se convierte sencillamente en su voluntad propia; la gloria del Padre en su gloria. Y esto no porque ello le sea exigido, sino con total libertad²³.”

El anonadamiento de la propia existencia de Cristo, se podría llegar a decir, que no lo realizan los poderes ocultos del infierno, que se manifiestan materialmente en la triple alianza que se forma entre el Sanedrín, Poncio Pilatos, y Herodes, sino que es el propio Jesús el que lo produce: unida su voluntad totalmente al mandato divino, el que sube por propia decisión al patíbulo de la cruz, en cuyo altar se ofrece como víctima propiciatoria en rescate de todo el género humano –de aquí aquella expresión sobre Jesús de que Él simultáneamente es Sacerdote, Altar y víctima-. Esto se prueba en varios pasajes de la Escritura cuando los Fariseos que lo buscan para matar no le pueden echar mano hasta que Él mismo se deja atrapar sin ofrecer resistencia, o también cuando en Nazaret lo prendieron para despeñarlo de un acantilado y Él se sacude las manos que lo sujetaban y pasa en medio de la multitud sin que nadie se resista al enorme poder y autoridad que, sin duda, ejercería su persona.

Aquí tenemos ofrecida a nosotros la clave de nuestra sana relación con el poder: que todo nuestro obrar sea un camino de consubstanciación de nuestra voluntad con la voluntad de Dios, esto implica un programa de toda la vida, de configurarnos a imagen de Cristo en cada una de nuestras relaciones interpersonales, en esto consiste en que el hombre efectivamente le permita a Dios que lo redima totalmente y así todo emprendimiento humano lleve el sello de la santidad, para poder decir junto con San Pablo: “... y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí²⁴.”

En la medida que el hombre lo deja obrar a Dios en su vida personal y comunitaria las estructuras de pecado se disuelven, y dejan paso a la nueva vida del Espíritu de Dios en el hombre. Del mismo modo como las tinieblas de la noche

20 Mt. 26, 27-28

21 Lc, 22, 42-44

22 Jn. 19, 30

23 El Poder, pág. 40

24 Gal. 2, 20

no ofrecen resistencia a las primeras luces del sol cuando amanece, de esa misma manera se disipa la soberbia en un corazón sanado y elevado por la gracia.

Pero es muy importante aclarar que los efectos recreadores que la redención ha tenido y tiene no operan mágicamente en el ámbito de la existencia humana, siempre vuelve a hacerse necesaria la respuesta libre por parte del hombre a Dios, de que se reconozca débil frente a Él, de que por esto le pida ayuda y de que desde esa situación se deje llevar y conducir permitiendo que Dios destierre el “**amor sui**” que en una época había llegado hasta el desprecio de Dios, dando paso al **amor de Dios** que llega hasta el desprecio de uno mismo en cuanto cuerpo de pecado. Resuena aquí la doctrina paulina del hombre viejo, que debe morir, para que renazca el Hombre Nuevo²⁵.

Frente a lo dicho, para concluir con este apartado, cito un aporte esclarecedor que R. Guardini hace al respecto: “Podría preguntarse... si el desorden del poder ha sido efectivamente superado. No es fácil responder a esto. La redención no significa un cambio definitivo, de una vez por todas, en las condiciones del mundo, sino el hecho de que Dios ha establecido un nuevo comienzo de la existencia. Este comienzo subsiste y representa una posibilidad permanente. De una vez para siempre ha aparecido con toda claridad la posición que el poder ocupa ante la mirada de Dios, y de una vez para siempre la obediencia de Jesús constituye la respuesta de Dios a esta pregunta”²⁶.

El hombre redimido y su nueva relación con el poder

Nos encontramos atravesando un momento histórico decisivo, sin precedentes, en la relación del hombre con el poder, entendido éste, tanto como poder de ejercicio como el modo y el grado en que el hombre despliega su poder sobre la tierra; sencillamente, porque el propio hombre ha perdido dominio sobre el inmenso poder que ha generado, especialmente, en los últimos dos siglos y medio, sobretodo a través de los avances vertiginosos de la ciencia y de la técnica - ya explicamos más arriba que muchos de estos “avances” no han sido equivalentes a un verdadero progreso que redundara en bien de la humanidad y del mundo -. En este campo R. Guardini nos dice: “No es bueno actuar delante de las realidades como si éstas no existieran, pues luego se toman la venganza. Cuando los instintos son ahogados y los impulsos no son purificados, surgen las neurosis. Dios es la realidad que fundamenta toda otra realidad, incluso la humana. Cuando no se le hace justicia la existencia enferma”²⁷.

La verdad de estas afirmaciones, se comprueba inmediatamente, por ejemplo, cuando el hombre genera algún desorden ecológico, la naturaleza, por esa tremenda presión del ser que no se puede ahogar de ninguna manera, intenta recuperar el orden que le arrebataron produciendo catástrofes naturales, que no son tan naturales, pues fueron causadas, en el fondo, por la negligencia de la arbitrariedad humana.

Vulnerar el orden natural no da lo mismo que no vulnerarlo. La misma mecánica del mal ejerce una suerte de castigo-venganza, pero ciegos, porque las esquirlas de la honda expansiva producidas por la explosión del pecado dañan, innumerables veces, a seres que nada tuvieron que ver con el mal realizado.

Por eso estamos frente a la necesidad imperiosa de una conversión radical de la existencia humana, para poder albergar una real esperanza de transitar por el

25 Col. 3, 5-11

26 El Poder, pág. 42

27 Ibidem, pág. 123

buen camino el futuro histórico que se abre a nuestro paso. Y sobre esto R. Guardini nos advierte: “Pero depende de los hombres que saben y que están dispuestos a obrar, el abrirse a la comprensión del hecho que sustenta todo futuro: que el hombre mismo es responsable del curso de la historia y de lo que acontece con la existencia del mundo y del hombre. El hombre puede hacer esto bien o puede hacerlo mal. Pero para poder hacerlo bien, tiene que estar dispuesto a adoptar de nuevo aquella actitud que ya Platón consideraba como el resumen de la obligación humana: la actitud de la **justicia**, es decir, la voluntad de ver la esencia de las cosas y de hacer lo que, desde esta esencia, resulta justo”²⁸.

Poder leer en el interior de las cosas lo que las cosas son, y percibir, por tanto, su sentido más hondo, es alcanzar también una conexión misteriosa con el designio de Dios sobre nosotros mismos y el mundo, porque las esencias de las cosas participan de la sabiduría divina el grado de verdad y de bondad que Él como su autor quiso imprimir en ellas. Verdad y bondad que nos hablan, al mismo tiempo que de las cosas mismas, también de Dios; por lo cual, si conocer dicha verdad, incita en cada realidad, es conocer y estar en cierta sintonía con el pensamiento de Dios; amar la bondad de las cosas, y por ende respetarlas, será no sólo estar de acuerdo con la voluntad de Dios, sino mucho más hondo, obrar conforme a ella, conforme al plan providente que Dios pensó y amó para cada uno de nosotros, y esto no es otra cosa que transitar el camino de nuestra santidad, consistente en realizar en nosotros la semejanza con Cristo por medio de la actitud obediente a Dios.

Obediencia y libertad en la creatura racional se necesitan mutuamente, porque su querer no es fundante de la bondad de la realidad, sino que ella descubre la bondad en las cosas y la ama respetándola, o la daña violentándola, a lo cual R. Guardini nos enseña: “El poder humano y el dominio proveniente de él tienen sus raíces en la semejanza del hombre con Dios; por ello el hombre no tiene el poder como un derecho propio, autónomo, sino como un feudo. El hombre es señor por la gracia de Dios, y debe ejercer su dominio respondiendo ante Aquél que es Señor por su propia esencia. El dominio se convierte de este modo en obediencia, en servicio. En primer lugar, en el sentido de que debe ejercerse de acuerdo con la verdad de las cosas”²⁹.

A este modo de obrar se lo deberá llamar cultura en el más puro sentido de la palabra, como el verdadero arte de cooperar con la naturaleza, de extraer del fondo de las cosas las virtualidades más genuinas, logrando realizar una verdadera eidopóiesis con el mundo confiado a nuestro cultivo y cuidado. En aquellas virtualidades duermen también las más hondas del ser humano, en su capacidad de ser Dios por participación, llamado a ser co-creador en consonancia y armonía con su Creador.

Ahora bien, se vuelve a plantear el dilema de cómo lograr algo de todo esto en medio de la situación a que se ha llegado, teniendo en cuenta que pareciera que tan poco se ha avanzado en el modo de hacer cultura, como antes expusimos, a juzgar por el caos de la corrupción, en tantos campos de la vida pública y privada, que nos invade a cada paso en nuestra existencia.

Por lo tanto, es necesario que nazca un tipo de hombre, que redescubra el auténtico sentido y tremendo valor de crecer educándose en las virtudes que hagan grande su vida.

El mismo logro de la virtud implica el concepto de bien arduo, sin el cual ninguna empresa verdaderamente grande y buena puede ser llevada a cabo.

De aquí que el hombre que hace falta para este presente tiene que ser uno que adopte para su vida un concepto de ascésis totalmente rejuvenecido. A esto R. Guardini nos insta de la siguiente manera: “No existe grandeza alguna que no

28 Ibidem, pág. 94

29 Ibidem, pág. 28

descanse en el dominio de sí mismo y el renunciamiento. Los instintos del propio interior no están ordenados, sino que es menester dominarlos. Creer que la naturaleza es buena en sí misma es una cobardía. El que hace esto desvía la mirada del mal, que existe también en la naturaleza, igual que el bien; con ello el mismo bien pierde su seriedad. Es preciso resistir a este mal; en ello consiste la ascética”³⁰.

La virtud cardinal de la fortaleza muestra en este punto toda su importancia y su vigor, y cuál es el aspecto más genuino de su esencia, la mayoría de las veces como sucede frente al mal, no cabe el simple ataque para salir vencedores, sino **la resistencia**, a través del tiempo, de los ataques y de los dolores recibidos en la lucha. Es posible que la victoria no sea el logro de la pura extirpación del mal de la existencia, que en última instancia no dependerá de nosotros, sino de Dios; sino que más bien nuestro triunfo radicará en haber luchado soportando el mal sin claudicar interiormente, como los mártires, que perdiendo su vida ganaron la Vida.

Es por esto, que la fortaleza para ser tal tiene que estar iluminada por la prudencia y guiada por la justicia, de lo contrario, librada a sí misma, la fortaleza se convierte en temeridad, si falta la prudencia, y en crueldad, si falta la justicia.

Iluminando este punto R. Guardini afirma que “el hombre a que nos estamos refiriendo vuelve a comprender la inmensa fuerza liberadora que se encuentra en el dominio de sí mismo y cómo el sufrimiento aceptado desde dentro transforma al hombre, vuelve a saber que todo crecimiento esencial no depende sólo del trabajo, sino de un sacrificio libremente ofrecido”³¹.

Nuevamente hace su aparición el concepto de sacrificio como reparación y expiación, que en la Cruz de Cristo alcanzó su más perfecta expresión. Por lo cual, en su punto neurálgico, obedecer la voluntad de Dios, para nosotros, significa configurarnos a Jesucristo crucificado.

Por medio del dolor sufrido a lo largo de nuestra historia personal, en la que junto con la acción de la gracia, que permitimos que obre eficazmente en nuestros corazones, el Espíritu Santo irá realizando en nosotros la obra de la cristificación, en la que consiste todo nuestro quehacer en la tierra, mientras peregrinamos hacia el cielo. En este punto son muy iluminadoras las palabras de San Pablo donde nos dice: “Por el bautismo fuimos sepultados con él (Cristo) en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva. Porque si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con él en la resurrección. Comprendámoslo: nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, para que fuera destruido este cuerpo de pecado, y así dejáramos de ser esclavos del pecado. Porque el que está muerto, no debe nada al pecado. Pero si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él. Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre él. Al morir, él murió al pecado, una vez por todas; y ahora que vive, vive para Dios. Así también ustedes, considérense, muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús”³², y en otro pasaje, que unido a éste esclarece del todo lo que queremos expresar, también el Apóstol nos dice: “Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡ Padre ! El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él”³³.

30 Ibidem, pág. 105-106

31 Ibidem, pág. 106

32 Rom. 6, 4-11

33 Rom. 8, 14-17

Desde nuestro bautismo tenemos sembrada, en nuestra alma, la semilla de la incorruptibilidad que nos identifica con Jesús, el cual, identificándose con nosotros, encarnándose, se hizo hermano nuestro, y así, a todos hermanos entre sí e hijos de su Padre, por lo cual, ya en Cristo estamos configurados a Dios cada uno de los hombres, pero sólo se hará efectivo esto en aquellos que libremente se plieguen a su voluntad.

Conclusión

Para terminar quiero expresar, apoyándome en dos fragmentos de R. Guardini, la que a mi entender, estoy convencido, es la resolución más satisfactoria y la punta del **hilo primordial**, que el hombre tiene que asir fuertemente entre sus dedos, en el problema que tiene con el poder generado, si quiere recuperar definitivamente su dominio y no verse arrastrado sin solución de continuidad a la **“catástrofe global”**, de la cual, el autor que nos hemos propuesto estudiar, nos advirtió más arriba: “Esto lo puso en claro ya Platón, y también San Agustín, fundándose en la riqueza de la Revelación: La vida del espíritu se realiza en su relación con la verdad, con el bien y con lo sagrado. El espíritu está vivo y goza de salud por medio del conocimiento, la justicia, el amor y la adoración; todo esto entendido no de una manera alegórica, sino completamente precisa”³⁴. Por lo tanto, “Es necesario, pues, que la profundidad del hombre despierte de nuevo. Tienen que existir de nuevo épocas de su vida e instantes del día en que el hombre se detenga, se concentre y abra su corazón a uno de los problemas que le han afectado a lo largo del día. Con una palabra: es preciso que el hombre vuelva a meditar y a rezar”³⁵.

Realmente estoy absolutamente convencido de que el destino del hombre sobre la tierra depende de en qué medida realice o no el programa de vida trazado por R. Guardini, de que se vuelva a Dios como un hijo obediente y que en Dios desemboque la plenitud humana sobre la tierra, como en el **“hágase”** de la Virgen María, de quien Dios hizo depender la salvación de cada hombre y no falló, porque María comprendió desde lo más profundo de sus entrañas de amor, que para ser plenamente libre tenía que volverse **“esclava”**, perderse a sí misma, para recuperarse entera en Dios mismo, y Dios la premió, por eso hoy todas las generaciones la nombramos bienaventurada”³⁶, y allí fue cuando la historia de la humanidad comenzó nuevamente como historia de salvación realizada.

Por último, cabe reflexionar con R. Guardini, que “Este comienzo está ahí y nada podrá borrarlo. Pero en qué medida se realice es asunto de cada individuo y de cada época. La historia comienza de nuevo con cada hombre y, en cada hombre, con cada hora. Por ello tiene también la posibilidad de empezar de nuevo en cada momento, partiendo del comienzo que aquí ha sido establecido”³⁷:
ENCARNACIÓN – REDENCIÓN – SANTIFICACIÓN y CRISTIFICACIÓN.

34 El Poder, pág. 77

35 Ibidem, pág. 118

36 Lc. 1, 48

37 El Poder, pág. 42-43